

Reseña

**Sandra Contreras (selección y prólogo),
Lucio V. Mansilla. *El excursionista del
planeta: escritos de viaje*. Buenos Aires:
Fondo de Cultura Económica, 2012.**

El arte de achicar el mundo

Gerardo Pignatiello¹

Apenas un artista en cartas

Este libro abre con un minucioso prólogo de Sandra Contreras en el que hace notar, en primer lugar, una ausencia llamativa. Entre los libros de viajes de la *generación del 80* falta curiosamente el de Lucio V. Mansilla. No es que Mansilla no haya viajado ni mucho menos que no haya escrito sobre sus viajes, sino que él no decidió nunca reunir esos escritos en un libro del modo en que lo hicieron contemporáneos suyos como Miguel Cané (*En viaje*, 1884), Lucio V. López (*Recuerdos de viajes*, 1881), Eduardo Wilde (*Viajes y observaciones*, 1892) o incluso su hermana Eduarda Mansilla (*Recuerdos de viaje*, 1882). Fue fundamentalmente en la prensa diaria o en las revistas —*El Nacional*, *La Nación*, *La Tribuna Nacional*, *El Diario*, *Sud-América* y *Revista de Buenos Aires*— donde

¹ Gerardo Pignatiello (desparejo@gmail.com) es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Estudios Hispánicos por la University of Pennsylvania. Es miembro del Centro de Investigaciones y Estudios en Teoría Poscolonial de la Universidad Nacional de Rosario y del Proyecto UBACyT “Teorías del policial” dirigido por el Dr. Román Setton en la Universidad de Buenos Aires.

Mansilla da a conocer sus relatos de viajes, la mayoría de ellos bajo la forma de cartas, que es, por otra parte, el género en el que se reconoce como “artista” (Mansilla, *El excursionista* 265).

De modo que la autora del prólogo selecciona y arma un libro imaginario, un libro que en realidad nunca existió: el libro de viajes de Mansilla. Este viajero compulsivo que se jactaba de ser “uno de los argentinos más glotones en materia de viajes” (Mansilla, *El excursionista* 103) y que había hecho su “viaje a la barbarie” (10) de los ranqueles y había vuelto para contarlo en forma de su libro más famoso —*Una excursión a los indios ranqueles*—, se convierte en esta secuencia de viajes, criteriosamente editada, en *El excursionista del planeta*.

No puedo moverme en silencio

La selección y la disposición de las partes del libro responden a un orden cronológico. Pero además, permite ver una serie de núcleos temáticos y narrativos que dan una clara muestra no sólo de las preocupaciones e intereses de Mansilla, sino de la forma de su escritura.

El libro se divide en tres partes. La primera sección está dedicada a Oriente (cercano Oriente, con más precisión); son los viajes de juventud entre 1850 y 1851, pero narrados un tiempo después, en distintos momentos entre 1854 y 1897. La segunda parte corresponde a América, específicamente a Paraguay. En primer lugar, aparecen allí las *Cartas de Amambay* (30 en total), donde se narran las exploraciones en busca de oro entre marzo y mayo de 1878. En segundo lugar, hay dos *causeries* sobre la zona guaraníca. La tercera y última sección del libro es donde aparecen menos sorpresas. Europa es un espacio que la generación de Mansilla siente como propia y nada de lo que allí sucede le resulta ajeno.

La “multiplicidad de estilos” de todos estos textos es lo que Contreras encuentra como la marca del narrador Mansilla: “de las 'impresiones' y 'recuerdos' de viaje, que pronto abandona, a las anécdotas con las que brilla en las *causeries*, pasando por las crónicas del militar, antropólogo, empresario y explorador y las corresponsalías periodísticas” (Mansilla, *El excursionista* 11). Y de todas esas profesiones, por la que más se lo recuerda es por la de escritor. Mansilla no para de publicar de forma permanente en la prensa. No puede moverse “en silencio”. Y Contreras encuentra que es justamente en el viaje donde Mansilla se vuelve escritor, entre otras cosas porque, sobre todo después de escribir *Una excursión...*, el autor está siempre de viaje. Groussac lo saluda —y de ahí nace el título de este libro— como el “excursionista del planeta” porque “[!]legado ayer, vuelve a marcharse mañana” (Mansilla, *El excursionista* 12). Ese periplo había comenzado desde su juventud temprana: “Es en 1850 entonces, que Mansilla pasa de la 'panzada de lecturas' que se da en el saladero familiar de Ramallo a los ensayos de escritura que arriesga en su travesía hacia la India” (Mansilla, *El excursionista* 16). Desde este inicio, la autora del prólogo va desgajando una serie de “saberes” que Mansilla despliega en su escritura. La incorporación o no de elementos culturales y literarios, la negativa a la descripción, la confección “del *travel guide* para argentinos” y la consolidación de la *causerie* son diferentes momentos de la escritura de viajes del “excursionista”.

Aquel paisaje no es de este mundo

La primera parte del libro corresponde, como señalé antes, a un temprano viaje a Oriente de Mansilla. Como indica Contreras, en 1850 “a los 18 años, la familia envía a Mansilla a la India para realizar operaciones comerciales de

importación. (...) En Calcuta conoce a James Foster Rodgers, un comerciante bostoniano veinte años mayor, con quien decide el resto del itinerario por Oriente” (Mansilla, *El excursionista* 38). Emprenden una travesía en vapor bordeando la costa oriental de África y se internan por el Mar Rojo hacia Egipto. Las notas tomadas durante ese tramo del viaje constituyen la materia de los escritos recopilados en esta sección: “De Adén a Suez (Impresiones de viaje)”, “Recuerdos de Egipto” y “En las pirámides de Egipto”.

Esas notas, sin embargo, son apenas apuntes de un viajero que todavía no ha incorporado los “saberes” del escritor que luego será. El mismo Mansilla menciona esto, años después, en la *causerie* “Recuerdos de Egipto” publicada el 10 de febrero de 1864 en la *Revista de Buenos Aires*:

Han pasado 12 años, y he perdido mis libros y mi cartera de viaje, salvando apenas algunas páginas incompletas de mi diario insulso e imperfecto, como todo aquello que es obra de la juventud —de la juventud sudamericana sobre todo—, que sin estar preparada por el estudio y la introducción lanzase prematuramente a recorrer el mundo (...). (Mansilla, *El excursionista* 75)

Casualmente, el mismo año de edición de este libro, 2012, aparece, bajo la dirección de María Rosa Lojo, una edición crítica de esos papeles recobrados del primer viaje de Mansilla a Oriente. La autora a cargo de la edición comenta cómo sucedió ese hallazgo: “[E]s muy considerable (...) el valor documental y pretextual de esos esbozos guardados en un desván familiar y hallados hace poco por el tataranieta del autor, Dr. Luis Bollaert” (Mansilla, *Diario* 14). Ese “cuaderno de 250 páginas” (Mansilla, *Diario* 14) contiene las primeras impresiones del autor sobre un mundo ajeno, del que él mismo reconoce no haber tenido conocimientos en el momento del viaje, y a los 30 años comienza a “hablar de un país que entonces no

conocía, cuyas costumbres e idioma ignoraba, cuya historia, monumentos y mitología presentábanse estupendos y misteriosos a mi espíritu” (Mansilla, *El excursionista* 76).

El viaje iniciático a Europa —donde terminará, cabe aclarar, este primer viaje de Mansilla por Oriente— es para la *generación del 80* el lugar de experimentación de la modernidad, pero también el espacio para poner en funcionamiento un conjunto de saberes acumulados con fervor coleccionista durante la propia experiencia nacional del progreso de fin de siglo que los validará, ante sus compatriotas y europeos, como merecedores en la portación cultural de ese patrimonio occidental. El viaje a Oriente, sin embargo, supone una operación distinta. Oriente significa para Mansilla, por ejemplo, una cultura milenaria que lo lleva a describir minuciosamente el deslumbrante proceso arquitectónico de la construcción de las pirámides, pero también es la experiencia de comprar un ser humano en un mercado de esclavos para después liberarlo:

[H]e visto entre ciudades y aldeas, más de dos mil, dándome hasta el placer de comprar, en un mercado de carne humana, una mujer, para decirle después de ser mi cosa propia, con sorpresa de todos los circunstantes, excepto mi compañero de viaje James Foster Rodgers, que pagó la mitad del precio: 'Eres libre, puedes hacer de tu cuerpo lo que quieras' ¿Y saben ustedes lo que esa costilla nuestra hizo? Se vendió a sí misma; porque, según el truchimán nos explicó, prefería ser esclava algún tiempo, y no libre, sin tener que comer, porque para hacerlo tendría que traficar con su cuerpo, y era, según ella lo afirmaba, si no pura, honesta” (Mansilla, *El excursionista* 130).

El esclavismo, que tiene también la marca de reactualización moderna de Occidente en la conquista de América pero que comienza a eliminar a partir de la

Revolución Francesa, es, sin embargo, una distinción que pone a Oriente en un horizonte más lejano. Y al mismo tiempo, esa parte del mundo opera sobre la propia concepción del lugar de enunciación de Mansilla y su generación. Si Europa acomplejaba al viajero sudamericano, imperfecto y juvenil (en el doble sentido vital y cultural) como pensaba Mansilla, el viaje a Oriente reagrupa a Europa con América bajo el rótulo de Occidente y de algún modo debilita el sentimiento de inferioridad americano ante el Viejo Continente.

Mansilla también hace una construcción identitaria a través de los viajes. Y no sólo cuentan sus paseos al exterior, sino también la misión militar al interior de los indios ranqueles. Es una de las primeras descripciones del país hecha por un argentino a partir de la experiencia. Hay que recordar que Sarmiento describe una pampa libresca y hecha de anécdotas en *Facundo* que recién conocerá años más tarde cuando forme parte de la campaña del Ejército Grande. El contacto con un *otro* interno también obliga a Mansilla a definiciones culturales y sociales.

Hay otro momento curioso que se da en Oriente en relación con la definición identitaria. Al llegar a la cumbre de la pirámide de Keops en Egipto, el viajero se encuentra con un grupo de turistas de Estados Unidos. La coincidencia, el entusiasmo por el objetivo logrado y el conocimiento del inglés generan una camaradería panamericana que unifica inesperadamente al continente. Mansilla se encuentra en la punta de la pirámide saltando con los *yankees* —incluido uno disfrazado de beduino (!)— al grito de “*All Americans!*” y “*Longlife to America!*” (Mansilla, *El excursionista* 113) frente a la incomprensión de unas turistas inglesas.

El “nosotros” puede ser los “hijos de las llanuras” (Mansilla, *El excursionista* 57) frente al mundo, los americanos frente a Europa y Oriente, la generación

modernizadora frente al indio. Los viajes posicionan al narrador de estos escritos en diferentes identidades grupales de acuerdo a quién se reconoce como un *otro*.

La sección oriental se cierra con una carta a Emilio Mitre desde las Termópilas en que, evocando la famosa batalla del siglo V a.C. entre persas y griegos, da cuenta de una repetición histórica con la —en ese momento, 1897— actual guerra entre Grecia y el Imperio Otomano. Aparece al final de la carta la nostalgia por Buenos Aires, el lamento por la lejanía y el “¡No poder achicar el mundo!” (Mansilla, *El excursionista* 122). El texto tiene un formato que va a comenzar a ser recurrente en la sección siguiente. Una frase que se repite y retarda el abordaje del tema anunciado: “¿Y las Termópilas?” (Mansilla, *El excursionista* 120).

Fiebre amarilla

La segunda sección del libro es la que más llama la atención. El cuerpo principal está constituido por un grupo de treinta cartas —*Cartas de Amambay*— que Mansilla escribe a comienzos de 1878 a Samuel Alberú, director del diario *El Nacional*, desde Paraguay y Buenos Aires. Son los informes de dos expediciones para constatar la posibilidad de un emprendimiento minero aurífero en la zona. En 1877, después de su participación en la Guerra de la Triple Alianza, Mansilla forma una sociedad anónima “con Mauricio Mayer y con el coronel Francisco Wisner para la explotación minera en las serranías de Amambay y Maracayú, en Paraguay” señala Contreras en el prólogo (Mansilla, *El excursionista* 39). Esas cartas no son estrictamente relatos de viaje, sino más bien informes empresariales que dan cuenta detallada de cómo se encamina el proyecto.

Sin embargo, las *Cartas de Amambay* no dejan de ser interesantes desde el punto de vista de su unidad y de la escritura. En conjunto, forman un proyecto narrativo en sí mismo. Son una poética de la dilación. Mansilla dosifica los pormenores que van llevando lentamente (por momentos hasta la exasperación) hacia el descubrimiento del oro. Informes minuciosos de gastos, detalles de los hallazgos, reseñas de libros sobre minería, cartas, algunos comentarios políticos forman un corpus heterogéneo que busca informar, pero también cautivar a lectores e inversores. En esos lugares que se volvían cada vez más complicados por las incesantes lluvias, “haciéndose insalubre el campamento” (*El excursionista* 133), expuesto a enfermedades varias, desde esa todería del progreso, Mansilla ensaya una escritura del suspenso.

En la octava carta del 2 de abril de 1878, Mansilla menciona una frase en alemán dicha por su socio Wisner que significa “*aquí está enterrado el perro*” (Mansilla, *El excursionista* 161). La metáfora hace referencia al lugar donde estaría el oro. Esa alusión con distintas variantes recorre las cartas hasta la última y se transforma en el *leitmotiv* que condensa la ansiedad por el oro y, a la vez, es el elemento que estructura la narración de las veintidós cartas restantes. Mansilla siempre está a punto de “*desenterrar el perro*” (234), pero la tarea se difiere una y otra vez entre citas en latín, francés, italiano e inglés, versos del Dante o Ariosto, artículos de periódico y la lluvia, claro.

Es esta postergación que cuenta el proceso hasta llegar al objetivo lo que determina también la forma del relato de viajes. El camino de explicaciones, vicisitudes, digresiones hasta encontrar el oro —argonautas “en busca del tentador vellocino” (Mansilla, *El excursionista* 221)— no difiere de todas las peripecias y anécdotas hasta llegar a la cima de la pirámide de Keops.

Este tríptico guaraníico se completa con dos *causeries*: “Ñandurocay. Tempestad y sol” y “¡Esa cabeza toba!”. La primera es de 1890 y está dirigida al ex-presidente Nicolás Avellaneda. La segunda es de 1889, dedicada al Perito Moreno. Ambos escritos tienen la reminiscencia del estilo de las *Cartas de Amambay*. Algo que se repite una y otra vez como el perro a desenterrar en el Paraguay. En “Ñandurocay” se narra, casi como un poema en prosa, un viaje a caballo hacia Ñandurocay Potrero —con el subtexto permanente de *The Tempest* de Shakespeare— para ver un amanecer —descripción pedida por Avellaneda—. La mención permanente del nombre del lugar acrecienta en el relato la visión epifánica del alba. La segunda *causerie*, por su parte, es nuevamente un relato bajo la lluvia incesante del Paraguay. Sumido en la fiebre del oro de Maracayú y en la repetición adictiva del trabajo:

Estoy embarrado hasta los ojos, mojado hasta los huesos, picado por toda clase de bichos; chorrore sangre y sudor; tengo la fiebre del trabajo: es una intoxicación como la del coñac, que hace fermentar el espíritu, centuplicando la fuerza humana, como si se le inyectara vapor por medio de un aparato a los Ericson. (Mansilla, *El excursionista* 289-290)

El relato es megalómano, propio de un Fitzcarraldo² enloquecido por la lucha contra una naturaleza que no logra dominar, envuelto en una empresa que lo supera, pero que aumenta su deseo de seguir a cualquier costo: “Acabo de atravesar el bosque... oscuro ya, siendo aún de día; y van 55 veces que hago la misma, mismísima jornada... jornada estéril hasta ahora..., pero no importa,

² *Fitzcarraldo* (1982), película dirigida por Werner Herzog y protagonizada por Klaus Kinski en que se cuenta la historia de un emprendedor que decide explotar el caucho en una zona de acceso imposible del Amazonas y cuya empresa desproporcionada conlleva hacer cruzar un buque a través de un monte selvático.

¡adelante!, ¡adelante! *chi dura vince!* [el que persevera, triunfa]" (Mansilla, *El excursionista* 290).

En medio de ese frenesí, redacta y corrige mentalmente lo que luego escribirá. El *ritornello* de este texto es la frase del título: "¡Esa cabeza toba!". Se trata del bosquejo de una cabeza de un indio toba decapitado que le envió a Mansilla el naturalista argentino Jorge Luis Fontana. Las impresiones que le causa son las que llenan el relato que eleva a esa figura del guerrero muerto a la categoría de un mito.

De mi manera de decir, natural y sencilla, semicriolla

El final de *El excursionista del planeta* muestra a Mansilla en varias instancias de estadía en Europa. 1881-1883, 1897, 1899-1901 y la residencia final en París hasta su muerte 1902-1913. Sandra Contreras reagrupa los textos de la última sección destinada a los viajes de Mansilla por Europa en torno a tres temas: política, mujeres y tecnología. Pero hay un tema más, muy presente, que es la actualidad literaria. Sobre todo en lo que respecta a dos autores de gran influencia en el siglo XIX argentino como fueron Víctor Hugo y Émile Zola. "Ecos de Europa" de 1881 narra dos hechos ligados a estos autores. En primer lugar, aparece la fiesta pública en honor del 79° aniversario de Víctor Hugo que se desarrolla en París. Y en segundo lugar, Mansilla cuenta una entrevista que él mismo tuvo con Zola. Hablaron de la situación de diferentes países, "de libros, de *romanticismo* y de *naturalismo*" (Mansilla, *El excursionista* 330). La asidua asistencia al teatro completa el cuadro cultural. Pero además, con Zola también hablaron de ciencia, que era el tema del momento y del porvenir. A la entrevista le siguen entonces las novedades en el uso de la electricidad, los progresos de la telefonía que llega hasta Egipto y Túnez y la

combinación imaginada por Mansilla entre el fonógrafo y el fenakisticopo, que daría una especie de cine sonoro.

Los temas políticos abarcan buena parte de estas notas. Informes sobre los *pogroms* en Rusia contra los judíos; las incursiones colonialistas de Francia, Inglaterra e Italia; movimientos militares en la Europa central; España y Gibraltar; Estados Unidos y el canal de Panamá; las elecciones en Francia y la figura de Gambetta; el predominio de Bismark en Alemania; la situación de Irlanda; la política europea hacia Turquía constituyen las principales menciones. Todos son temas que lo colocan ante sus lectores argentinos como un hombre privilegiado en materia de acceso a la información de los principales acontecimientos y actores políticos del Viejo Continente.

Las últimas cuestiones abarcadas incluyen un encuentro y charla filológica con Catherine Necrassoff, cuya veracidad fue puesta en duda por Eduardo Wilde y que Mansilla intenta validar con pruebas; un intento por no hacer una típica descripción de Venecia y contar la persecución de una mujer en esa ciudad y al final no contar ninguna de las dos cosas; una segunda persecución —que sí logra contar— a otra mujer en París; el lamento por las guerras que abren el nuevo siglo XX; y las notas finales cotidianas desde su estancia en París donde finalmente morirá: el transporte, la vestimenta, las huelgas obreras, una visita al Louvre, un viaje a Boulogne sur Mer, la aviación, el *futurismo* italiano de Marinetti y las excentricidades del emperador Francisco José de Austria.

Toda una vida contada desde el viaje. Sandra Contreras arma en este libro una autobiografía hecha de los movimientos de Mansilla por el mundo. La multiplicidad estilística, temática y geográfica conforman finalmente el rasgo

particular de esta forma *semicriolla* que intenta achicar el mundo con la escritura de los viajes.

Bibliografía

Herzog, Werner, dir. *Fitzcarraldo*. Prot. Klaus Kinski y Claudia Cardinale. Filmverlag der Autoren, 1982. Film.

Mansilla, Lucio V. *Diario de viaje a Oriente (1850-1851) y otras crónicas del viaje oriental*. Dir. María Rosa Lojo (edición, introducción y notas). Buenos Aires: Corregidor, 2012. Print.